

JUAN CARLOS
MÉNDEZ GUÉDEZ

arena negra




CASA y CARTÓN

ARENA NEGRA

Juan Carlos Méndez Guédez

ARENA NEGRA



CASA DE CARTÓN

© Juan Carlos Méndez Guédez, 2012
Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia Literaria
© Fotografía de cubierta: Silvia García, 2013
© Editorial Casa de Cartón S. L., 2013

Editorial Casa de Cartón
editorial@casadcarton.es
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2013

ISBN: 978-84-940478-7-9
Depósito Legal: M-10804-2013

Printed in Spain
Imprenta Print-House

A Juana Salabert,
quien me dijo que no olvidase esta novela.

A Adolfo Acosta,
que desafía los atascos para celebrar la amistad.

Una vez me enamoré de una toquita de luto que según me dijo
la modista solo usaban las viudas, y esto me pareció
encantador. A los pocos días, iba y venía con mi toquita de
largo velo negro... (...) ahora ya me había tocado
la varita mágica, andaba con soltura, con seguridad
y con muchísima gracia.

TERESA DE LA PARRA

Cambiaré el rumbo.
Cambiaré el rumbo y llevaré en el barco
la costa que no vi.

ENRIQUETA ARVELO LARRIVA

Las viudas de Venezuela...

CARLOS PINTO GROTE

No soy nada. Esta tarde, en la terraza de un café,
apenas una silueta transparente.

PATRICK MODIANO

A:

Sueño que camino por París y llevo un sombrero pequeño, oscuro, y todos me miran y me señalan. Lo extraño es que me gusta. Odio cuando la gente se detiene mucho rato a mirarme, pero en este sueño me gusta. Y al fin me doy cuenta de que voy desnuda; solo el sombrero cubre una parte de mi cuerpo. Y me agrada tanto caminar así, en una París que avanza conmigo, que huele con ese crepitante aroma del océano.

B:

Me muevo en la cama.

La que me gusta es esa París del sueño, porque no es París sino el trozo de una novela que leí hace muchos años. Así camino dentro de ese libro olvidado, perdido en cualquiera de mis mudanzas. Me muevo entre el olor de las letras: una mezcla de tinta, humedad, polvo, salitre.

Luego despierto. Y es como si el libro se cerrase.

B:

Todas las trampas de una isla habitan en el mar, dice madre con voz ronca. Luego arroja un pequeño objeto que la playa termina devorando.

C:

Padre me mira. Avanzo por una de esas calles de París que me gusta leer. Voy en el sueño y padre parece mirarme. Entonces recuerdo que voy desnuda, solo con mi sombrero, pero también comprendo que mi padre no podrá verme. En el sueño está ciego. Lo dice cuando me coloco a su lado. «El sol me quemó los ojos al regresar», suspira cansado. Y entonces recuerdo que cuando los barcos escapaban de España sin instrumentos de navegación, el único modo de orientarse para huir era navegar con el sol en la espalda.

El sol que te despide es el sol que te incendia los ojos al volver.

D:

Vuela el bastidor desde las manos de madre y se estrella contra las oscuras rocas de la playa.

E:

El camarero me sirve un café hirviente. Contemplo la máquina tragaperras. Luces. Luces. Luces.

Un lugar es cualquier lugar. No digo que un lugar sea todos los lugares. Sino que un lugar es cualquier lugar. Da lo mismo desplazarte, que estés en una ciudad o en otra. No hay manera de que los sitios eviten que al moverte te lleves a ti misma en ti.

Un lugar es cualquier lugar. Tan solo me resulta especial Madrid. Porque Madrid es la ciudad en la que debí suicidarme hace un par de meses. El lugar donde decides morir es especial, aunque solo represente el fracaso de tu propia muerte.

F:

Fumo un porro. Me quito el vestido y el sujetador. Después de un rato me adormezco viendo la tele y durante unos segundos contemplo un zapato de Guillermo flotando en el mar.

Despierto nerviosa, pero luego siento una inmensa paz. Como si yo poseyese la levedad de ese zapato que se bambolea sobre las aguas.

G:

Una madre; un padre: el desvío.

H:

Acaba de llegar el pasaje de avión a Santiago de Chile. Me alivia comprobar que es un vuelo directo. ¿Qué clase de asfixia me produciría un viaje de veinticinco horas? Compruebo los datos, el horario, la línea. Pienso que durante un viaje tan largo lo mejor es continuar esas notas que estoy llevando para una posible historia en la que una mujer ajusta cuentas con la memoria que guarda de sus padres. Luego camino hacia el estudio. Aparto unos zapatos que dejé tirados de cualquier modo y los coloco en una esquina, justo en un lu-

gar donde no pueda mirarlos. Abro el libro que estoy relejendo: «El pasado es un tiempo verbal donde siempre soy culpable», dice.

(Fragmento del dietario)

H:

El sol desfallece en una tonalidad de óxido. Me quito la gorra de los Yankees, pues la luz ya no quemará mi cráneo.

Quedo con un amigo a beber una copa en la Plaza Cruz Verde. Pedimos un whisky y me quedo contemplando el viaducto que resplandece a lo lejos. Mi amigo cuenta que años atrás la gente no utilizaba esta terraza por miedo a contemplar el vuelo de esos suicidas que se dejaban caer como árboles cansados. «Lo sé», le digo. «Una amiga se lanzó un día, pero llevaba una falda muy larga y el viento le hizo un efecto de paracaídas por lo que apenas se raspó un poco las piernas». Mi amigo se molesta. Piensa que me burlo de él. Pide la cuenta. Se marcha.

I:

Entro a la sala y quedo sin palabras.

Durante más de tres años me ocupé de todos los gastos de la casa. Guillermo dijo que preparaba algo especial para la exposición. Me gustó el nombre de su obra: *Nosotros*, una de esas palabras que parecen una engañosa tersura, una explosión en marcha.

Quedo un rato frente a la obra; más bien dentro. *Nosotros* es una habitación completamente vacía. Sin nada. Una habitación desnuda, con sus paredes, su bombilla, su tarima flotante.

Guillermo ha creado el vacío.

Me tiembla la barbilla. Pienso que Guillermo ha utilizado un año en imaginar una obra que no podrá vender, que ya hicieron otros, que no puede tocarse, que no es nada.

Escupo el suelo. Es un gesto horrible y asqueroso y por eso mismo lo hago. Miro mi saliva. Pienso en un copo de nieve sucia.

J:

Una casa amarilla, de paredes altas, de ventanas pequeñas y cubiertas por rejas. Una casa al final de calles olorosas a humo.

Visito a mi madre en la residencia. Lo hago una vez cada quince días. Sin falta. Sin prisas. Los primeros minutos la miro, luego le cuento lo que ha sucedido en la semana. Finalmente paso un pañuelo por sus labios y le quito la saliva que gotea sobre su mentón.

Le pregunto entonces por esas noches cuando pensaba en mi padre; por el sonido del mar que nos acompañaba en las madrugadas; por esa primera vez, cuando sin avisar, mi padre se escapó en velero; por la época cuando padre regresó unos años solo para volver a huir.

Miro a madre: los ojos vacíos colgando de su rostro huesudo. Le doy un toque en el hombro como para despedirme.

K:

Desde la mañana hasta la noche pienso en Guillermo, en su ausencia. Resulta patético; resulta mediocre y enloquecedor. Un pensar tibio, como el zumbido de una nevera, como el soplido de un mosquito.

Busco a un yonqui que duerme cerca de casa. Le ofrezco doscientos euros si me acompañaba al viaducto. Alguna gente nos mira. Debemos parecer una extraña pareja. Yo vestida con una camisa y una falda de seda, a mi lado aquella silueta de piel verdosa.

Cuando llegamos al viaducto nos detenemos en las protecciones de metacrilato que han colocado para que la gente no se arroje al vacío.

Ayúdame a subir, le digo.

¿Qué vas a hacer?, pregunta.

Te voy a pagar doscientos euros, eso es todo.

Su rostro enrojece.

Extiendo mis brazos hasta alcanzar el borde de la protección. Le pido al yonqui que empuje hacia arriba. Siento su olor: un vaho espeso como el de una patata podrida.

Me alzo lo suficiente. Salto al otro lado. Hurgo en mis bolsillos. Cuento algunos billetes y veo que no llevo ni cien euros. Me siento vagamente mal por el yonqui. Le paso el dinero y le pido disculpas. Él llora furioso.

Quiero mi dinero, me lo gané. Solo quiero mi dinero, grita.

Hago un gesto de aburrimiento con la mano y me doy la vuelta. Lo escucho murmurar. Algo se aprieta en mi estómago. La calle resplandece igual que un mar de tinta: abajo, muy abajo. Elevo mis brazos. Siento que mis uñas pueden rasguñar las nubes de la noche. Me vuelvo árbol, un árbol de ramas secas vibrando sobre el aire. Me excita la idea del crujido, del abrupto e irrefrenable dolor. Ser la plenitud de un cuerpo: estallido; forma que explota en mil sensaciones punzantes.

Eso no está bien, no deberías hacerlo, susurra el yonqui. Y menos sin pagarme...

Me doy la vuelta y lo contemplo.

¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?

El yonqui se rasca la cabeza. Tose. Dos personas pasan a su lado y me miran con distracción. Una de ellas lleva un pantalón de tela atigrada. Me quedo mucho rato mirando ese pantalón absurdo. Siento un escalofrío: la fealdad me produce escalofríos. Algo en mí se desinfla por completo.

Ayúdame a salir de aquí, le ordeno al yonqui.

Mi dinero, contesta él.

No te pongas tonto, tendrás tu dinero si me sacas de aquí.

Quiero mi pasta, repite.

Lo veo alejarse. Me veo como si la ciudad fuese un lugar que desconozco. Al final del viaducto las farolas esparcen una luz de cobre. El yonqui entra en ese resplandor, luego se lo

traga la noche, me quedo a solas, escuchando el rumor lejano de una ambulancia.

Alguien que sí logró morir, pienso.

K:

En el metro contemplo a una mujer guapa y alta que ríe con una franqueza espantosa. Después, al retornar a casa oigo el grito de gol: rugido gaseoso, coordinado, un murmullo como de una ola que se disuelve. No puede ser la tele; el grito ha surgido de manera concentrada, como si brotase de un mismo lugar.

Hoy también juega el Rayo. ¿Se escucha desde mi casa el estadio de Vallecas?

Luego miro las fotos del hotel donde me alojaré en Chile. Me pregunto si al amanecer, desde su ventana, podré ver la cordillera: imagino con nitidez un cielo que se tensa como un mineral a punto de romperse.

Recuerdo el grito de gol que acabo de escuchar.

La mayor familiaridad nos la otorgan los sitios desconocidos; la extrañeza es propia del lugar donde vivimos.

(Fragmento del dietario)

K:

De ella me gusta su risa. Terrible, deslucida frase. Pero así es. Lo verdadero casi nunca se lleva bien con la tensión de un estremecedor estilo. Ahora mismo la veo reír cuando me pongo mi gorra de los Yankees con gesto de película negra. Estoy a punto

de decirle que no lo haga. Describir la rotundidad de su carcajada me conduce a una prosa precaria y simple. Vivir para contrariar la escritura de los otros no es elegante ni considerado.

L:

En la biblioteca de ese amigo calvo y con gafas encuentro una entrevista de Noteboom. Allí subrayada resplandece una frase: «El hombre necesita creer que el ángel está cerca de él y le protege, aunque en realidad no exista».

Mi amigo piensa que no lo veo mientras se seca el sudor de la calva con un pañuelo. Luego me pregunta si el gofio puede utilizarse para espesar una salsa. Alzo los hombros y río. No tengo ni idea, respondo. Él me mira decepcionado de que una mujer canaria no pueda responder esa pregunta.

M:

Dos policías municipales me ayudan a subir por la defensa de metacrilato. Uno de ellos se pregunta en voz alta si deberían multarme y les respondo que intentar suicidarse no puede ser una falta demasiado costosa.

Me dejan ir. Los porros fumados en la tarde parecen concentrarse en mi lengua como una sensación de engrudo. Me dirijo a un bar llamado La Lechuga donde suelo beber helados vodkas y escucho a unas mujeres hablar sobre el milagro que acaba de ocurrir en el viaducto. Una mujer con ropas chinas que se lanza al vacío y que de repente ha sido atrapada por dos ángeles que la depositan suavemente sobre el asfalto.

N:

Oigo rumores en el pueblo. Cerca del lugar donde acaban de construir el Hotel Marítimo un hombre se lanza barranco abajo. Ahora su cuerpo reposa en la playa dentro de una mezcla de olas, sangre y arena negra.

Camino con madre entre pasos cortos y frases nerviosas.

Alguien comenta que no ha dejado ni una carta. Una mujer de ojos como brasas se coloca a nuestro lado; murmura con voz cavernosa que es lo correcto; quien desea marcharse lo primero que debe despegar de sí mismo son las palabras.

O:

Primera noche en Madrid. Aún traigo el zumbido del avión saltando en mis oídos. Madre ha pagado los billetes de avión con una medalla de oro que le regaló padre.

La ciudad me produce perplejidad: el murmullo de coches en Gran Vía parece el de animales atacándose a mordiscos dentro de una caja. Le pregunto a madre dónde está el mar, dónde está el sonido del viento que me despertaba asustada todas las noches. El miedo, madre, necesito el miedo, le digo.

P:

Pienso si debo llevar un suéter para pasar esos días en Chile.

Luego, sin relación aparente, recuerdo un viaje de cinco años atrás y en alguna parte de este dietario anoto la tonalidad del sol al frotarse sobre el Teide. Un color de invierno; la nieve adquiriendo un tono gaseoso, como el de un parpadeante incendio que solo se anuncia.

Me pregunto por qué cuando aquellos canarios llegaban a Venezuela se impresionaban con el color rojizo de la tierra. Realmente se trata del mismo color fugaz, remoto, del volcán nevado cuando el sol comienza a hundirse dentro del mar.

El volcán es durante segundos espejo de la tierra que incita desde el otro lado del océano.

¿Tendrá todo viaje futuro un espejo que no vemos?

(Fragmento del dietario)

P:

Me gusta la risa de mi amiga, pero más me gusta cuando relata pequeñas historias. Ahora bebe su cerveza y mientras quita la espuma que permanece en su boca, la escucho comentar que cuando llegó a Madrid preguntaba siempre dónde estaba el perro, dónde dormía aquí el perro.

Al principio no la comprendo hasta que confiesa cómo desde niña sueña que dentro del volcán vive un gran perro, un perro sulfuroso, de ojos ardientes, una animal que en las noches sale a devorar a las personas.

En Madrid también hay uno, dice mi amiga y sus ojos parecen fresas aplastadas. En Madrid también hay un perro debajo de la tierra que sale en la madrugada y te muerde el cuello hasta arrancarte la cabeza, insiste. Lo supe después de muchos años. En Madrid también está el perro, pero no voy a decirte dónde.